

## EL CINE Y LA CONSTRUCCIÓN DE UNA CONCIENCIA HISTÓRICA EN EL CONTEXTO DE LA PANDEMIA DEL COVID-19

Jorge Rodríguez Molina <sup>1</sup>

### La conciencia histórica, clave para entender una pandemia

De acuerdo con Sánchez Quintanar (2002), los elementos que constituyen la llamada conciencia histórica son:

- a) La noción de que todo presente tiene su origen en el pasado.
- b) La certeza de que las sociedades no son estáticas, sino mutables y, por tanto, cambian, se transforman constante y permanentemente mediante mecanismos intrínsecos a ellas e independientemente de la voluntad de los individuos que la conforman.
- c) La noción de que, en esa transformación, los procesos pasados constituyen las condiciones del presente.
- d) La convicción de que yo -cada quien-, como parte de la sociedad formo parte del proceso de transformación y, por tanto, el pasado me constituye, forma parte de mí, hace que yo -mi ser social- sea como es.
- e) La precepción de que el presente es el pasado del futuro, que yo me encuentro inmerso en todo ello y, por lo tanto, soy parcialmente responsable de la construcción de ese futuro.
- f) Finalmente, la certeza de que formo parte del movimiento histórico y puedo, si quiero, tomar posición respecto de este; es decir, puedo participar de manera consciente, en la transformación de la sociedad (p. 220)

---

<sup>1</sup> Profesor de la Facultad de Historia de la Universidad Veracruzana e integrante del CAC 78 Estudios en Educación.

Cuando escuché en los medios de comunicación, en diciembre del 2019, que una epidemia había aparecido en China, me parecía demasiado lejos; antes de las vacaciones trataba de conocer si era posible empezar a trabajar con los estudiantes de otra manera. La Unidad Académica de Humanidades de la Universidad Veracruzana (UV) estaba en remodelación por lo que ya veníamos tomando clases con mis alumnos en cualquier lugar, menos en las aulas. Un día estábamos en la “Biblioteca de la Ciudad” y otro en la Biblioteca “Carlos Fuentes”, pero no siempre se podía por falta de espacio, por lo que traté de que tomáramos clases en la Unidad de Servicios Bibliotecarios e Informáticos (USBI), pero no se pudo, pues los estudiantes estaban de aquí para allá y no podían seguir de esa manera.

En el periodo intersemestral anterior estuve en un curso referente al *Eminus 3*, la plataforma virtual de nuestra universidad, que en mi muy particular opinión no fue muy grato, pues no aprendí mucho y mucho menos consideré que tenía utilidad alguna pues nos decían, al mismo tiempo, que ya venía una nueva versión, *Eminus 4*, por lo que esta excluiría a la anterior; se pensaba así, siguiendo la lógica de los avances de la informática, pero fue algo que no sucedió en nuestra universidad, pues la versión no terminó por dejar de utilizarse, ni la otra se utiliza en su máxima capacidad. No sé si fue lo acertado enfocarme a utilizar con mayor profundidad estas herramientas digitales en su momento; sin embargo, el tiempo me alcanzó, pues en este momento estoy como profesor en una especialización en donde utilizo *Eminus 4* para poder desarrollar el curso; claro, no sin dificultades.

Pasó el fin de año del 2019, y parecía que ya se acabaría el proceso de remodelación de la unidad en 2020; todo muy bien. Pero, al mismo tiempo, había noticias cada vez más alarmantes del virus desconocido, que ya tenía un nombre: Covid-19; sin embargo, yo seguía pensando en mis cursos de febrero-julio y cómo trabajar con mis estudiantes, cuando nos dieron la noticia de que seguiríamos sin aulas, pues las obras se retrasaron. No sé por qué me molesté, pues esto es algo común en México, sea en obras públicas, privadas o de otra índole; siempre se retrasan. Tal y como está pasando hoy

día en la ciudad de Xalapa, obras por donde quiera, pero todas inconclusas; qué fastidio atravesar la ciudad en automóvil.

La eficiencia y la eficacia llegaba a mi mundo y espacio educativo a través del Internet, con la presión de las autoridades para su uso en las aulas; sin embargo, aun cuando desde los años noventa del siglo pasado en varios países desarrollados el uso de la tecnología se convirtió en la punta de lanza de la modernización de la educación en sus distintos niveles, en el caso nuestro, poco a poco fuimos convirtiéndonos en usuarios y aprendientes para su aplicación en nuestros espacios de trabajo, pero no en consumidores y reproductores de la educación en línea hasta que llegó la Covid-19, la cual provocó el confinamiento.

De repente, ocurrió el golpe; el virus ya estaba en varias partes del continente americano, particularmente en los Estados Unidos de Norteamérica, y, al parecer, pronto llegaría a México. La situación era alarmante, temor e incertidumbre, hasta que llegó la triste noticia: en marzo el país entraría en confinamiento, todos aislados y refugiados en nuestras casas. Mi hijo mayor, quien estaba en la Ciudad de México regresó inmediatamente al conocerse la noticia; de pronto, este problema mundial de salud se convirtió en un conflicto político en nuestro país.

La información que fluía no era fiable, especialmente por el surgimiento de súper expertos de la llamada "sociedad civil" que anteriormente habían sido ingenieros, licenciados en derecho y hasta odontólogas, expertos y expertas en epidemias. A quién creerle, si los medios de comunicación se la pasaban cuestionando la información oficial. Yo pensaba en cómo daría las clases, mis estudiantes apenas tuvieron contacto conmigo cuando estábamos por iniciar clases, no los había visto bien; apenas tuve intercambios con ellos porque los edificios de la Unidad Académica seguían en remodelación.

Las autoridades universitarias ordenaron que debíamos contactar a los estudiantes vía *Eminus 3*, localizar sus correos electrónicos y comunicarnos. En la Facultad de Historia nos proporcionaron los

correos y WhatsApp; poco a poco nos pusimos en contacto. Lo primero que hice fue tratar de conocerlos, preguntar por su situación personal, con qué recursos informáticos contaban, las dificultades que tenían para tomar las clases en línea y de forma sincrónica, y al principio solo pude relacionarme con unos pocos. *Mea culpa*, no pude utilizar el *Eminus 3* y mucho menos el *Eminus 4* para las sesiones en línea. Lo más que logré fue organizar las actividades, las lecturas que tenían que hacer los estudiantes. Organicé mis listas, el programa, los trabajos y las actividades, y los estudiantes empezaron a comunicarse; eso sí, las reseñas, los ensayos, los mapas mentales y conceptuales, y los cuadros sinópticos elaborados eran revisados y regresados con retroalimentación y sugerencias.

El primer semestre del 2020 resultó agotador, en lo profesional estuve angustiado y más porque sabía que no era suficiente, tenía que utilizar las redes sociales y las plataformas; varios de mis compañeros académicos utilizaban el *Facebook*, yo sigo sin utilizarlo hasta hoy día, es la única red social que me niego a utilizar. Empecé a conocer plataformas como *Classroom*, *Meet*, y me quedé con la primera de estas. La consideré la más adecuada en su momento; hoy puedo ya utilizar otras, pero esto fue parte de un proceso más largo. Cuando terminé este primer semestre lo hice apesadumbrado y acongojado por mis estudiantes, ¿qué podía yo haberles enseñado? Apenas pudimos utilizar el cine como una estrategia, les encargaba reseñas de películas, pero parte de ellas eran copiadas de Internet, y mejoraron sus estrategias para seguir cortando y pegando; aun cuando los descubría en el intento, seguían utilizándolas, y más los estudiantes de nuevo ingreso.

Me dije a mí mismo, esto no volverá a sucederme. Entramos nuevamente a clases en agosto, mi situación familiar tampoco era la más adecuada, aun cuando mis hijos tenían acceso al Internet con cierta facilidad; tuve que contratar otra empresa porque una sola no me ofrecía la cobertura necesaria, además de que éramos cuatro personas utilizándolas al mismo tiempo. Por otra parte, las quejas de mis hijos con sus maestros me hicieron reflexionar, pues varios de estos habían trabajado de la misma manera que yo lo hice, solo nos restaba a mí y a mi esposa, también académica

universitaria y de Enseñanza Media Superior, apoyarlos en lo que podíamos, pero no fue suficiente porque uno de ellos estaba en una carrera diametralmente diferente a la mía, una ingeniería.

Empezamos el semestre agosto 2020-enero 2021 y comenzó la aventura en las redes y plataformas, ahora como reproductores en su dimensión de la educación en línea. En un primer momento utilicé la plataforma Zoom para las sesiones en línea, junto con Classroom para la organización de los materiales y evaluación de las actividades, WhatsApp para tener contacto más directo y no formal con mis estudiantes. Los organicé en grupos; sin embargo, me sentía un neófito, nervioso por aparecer en pantalla, porque no me fallara el Internet, lo cual siempre fue un hecho cotidiano; unas dos o hasta tres veces me sacaba de la clase, por uno u otro motivo, la mayoría de las veces no supe la razón.

Los estudiantes que empezaron a asistir lo hacían con las cámaras cerradas, yo me di a la tarea y me convencí de que en mis clases nunca tendría la cámara apagada, que utilizaría lo menos posible diapositivas, más que las necesarias -y especialmente imágenes llamativas o mapas conceptuales y mentales-, nunca textos largos ni diapositivas llenas de información y, mucho menos, leerlas. Trataría de dialogar con ellos y convencerlos de participar.

A partir de estas primeras experiencias me quedó claro que la educación virtual como forma de trabajo llegó para instalarse, pero si se pretende con ello que se convierta en la norma y no en algo complementario, creo que no funcionará; aunque si el maestro sigue siendo un mero reproductor de contenidos sin pasión ni tener la idea central de que un aula es y debe ser una extensión de la experiencia social de quienes participan al interior de ella, y que esta es un espacio de sociabilidad, no podrá competir con la educación en línea, sea sincrónica o asincrónica.

Mi primera tarea fue lograr que prendieran sus cámaras y lo fui logrando; después, que participaran y comentaran los temas expuestos, pero también sobre las emociones que teníamos, empezando por la mía. Traté de decir que los niveles de nerviosismo

eran normales o de conocer qué y cómo percibíamos lo que estaba pasando allá afuera. Les platicaba de mis incursiones a muy temprana hora por la ciudad, caminando por las calles vacías, solo con mi perro, les decía lo que observaba, los cambios que veía, de la gente que transitaba y de los muchos que tenían que trabajar porque no les quedaba otra; les contaba de mi incursión en las tiendas para abastecerme, del miedo que se percibía, pero siempre pensando y diciéndoles a los estudiantes que tal vez pasaría pronto; esto no fue así, como todos sabemos.

Esto motivó a que pudieran charlar de lo que a ellos les pasaba también y se generaron estados de confianza que nos llevaban a entrar en clases poco a poco, y, más o menos, retomar los temas de los cursos, pero sin olvidar en qué momento estábamos, y esto lo logramos relacionando el curso y sus temas con la realidad que se vivía. Me di cuenta de lo privilegiado que era de poder trabajar en mi casa, con las comodidades que tenía, sin exponerme al virus. Regresaba a mi hogar, no sin antes mojarme con una lluvia de desinfectante en todo el cuerpo.

Al ir conociendo a los estudiantes, me fui dando cuenta de sus problemas familiares, algunos de ellos de salud, porque habían sido infectados algunos miembros de su familia, y tristemente algunos de sus familiares cercanos habían fallecido.

Varios tuvieron que darse de baja definitiva y, en el mejor de los casos, temporal. Sin embargo, teníamos que seguir y traté de ser sensible a sus problemas. Terminamos este semestre utilizando mejor la tecnología, y en el siguiente semestre mejoré mis habilidades, tanto en las sesiones en línea y de comunicación. También empecé a participar en actividades con mis compañeros académicos y organizamos eventos en línea, lo que me permitió contactar con colegas de otras partes de México y del mundo, y, principalmente, con amigos entrañables para platicar sobre cómo percibían los problemas de la pandemia en sus espacios, en su quehacer cotidiano, con sus compañeros universitarios y con sus estudiantes.

Yo aprendí mucho de ellos, de mis alumnos. Los impulsaba por atraerlos al conocimiento utilizando lecturas, estrategias audiovisuales como el cine y la música, pero también materiales que circulaban en *YouTube*, en los noticieros alternativos, con los nuevos protagonistas de las redes sociales: youtubers e influencers, para conocer el impacto que tenían en los jóvenes, y llegué a decir más de una vez, como alguien dijo hace un poco más de cuatro años, benditas redes sociales.

A partir de entonces también se convirtió en una estrategia de comunicación la utilización de videos y materiales creados y puestos en *YouTube* y demás plataformas para informar. Empecé a trabajar con mis estudiantes como un material más, que merecía su análisis, más que nada, porque muchos de ellos tenían como finalidad cuestionar los aparatos de dominación de la información. En fin, ese segundo semestre de 2020 terminó mucho mejor que el anterior, y así fue en los del 2021.

Nuevas experiencias a través del uso de la tecnología me llevaron a mejor utilizarla; sin embargo, un cansancio empezaba a ser más constante, pero este no tenía que ver con lo físico sino con lo emocional. Ya nos habíamos contagiado dos veces en mi familia y habíamos "sobrevivido". El miedo desapareció, pero ahora le siguieron las crisis emocionales en cada uno de nosotros, y también este tipo de problemas los percibía en mis estudiantes.

La información que circulaba al principio de la pandemia ya no era la idealizada, de ver imágenes de peces, ballenas y narvales que rondaban los puertos y ciudades marítimas, de ver a los animales acercarse a las ciudades, de la disminución de la contaminación; las informaciones idealizadas fueron desapareciendo y comenzaron las noticias sobre los problemas económicos que atravesaba la gente en todas partes. Empecé a dejar de ver a Europa y mirar a África, a Asia, a América, y traté de que mis estudiantes también miraran otras latitudes. Teníamos que reaprender a mirarnos, a mirar a los nuestros cercanos, a los nuestros lejanos, a la gente desconocida de otras partes del mundo, a los privilegiados y a los no privilegiados. A ver con una mirada crítica qué consecuencias

se estaban dando a partir de la desnudez de la sociedad y de las problemáticas que no resolvía el liberalismo, el libre mercado y los estados nacionales.

### **El cambio indispensable o la transición que no termina: las clases en las aulas híbridas**

A finales del 2021 se avizoraban mejores tiempos. Ya habíamos salido a mediados del 2021, cuando bajaron los índices de contagios, y parecía que esta pesadilla terminaba; sin embargo, como una marejada, el virus se volvió a expandir ahora bajo nuevas versiones, menos letales, pero más contagiosas y el miedo rondaba, como sigue hasta nuestros días. La población adulta ya estaba vacunada y podíamos empezar a convivir, a tener un mayor contacto humano, pero el temor seguía estando presente y también debido al *confort* proporcionado por los nuevos hábitos, tal vez no muy buenos en varios actores del quehacer educativo.

Nos acostumbramos muchos de nosotros a utilizar o mal utilizar las tecnologías educativas, las consideraciones éticas fueron dejadas a un lado. Maestros que no querían regresar a las aulas y que presionaban a través de sus organizaciones sindicales para que así sucediera, y circulación de información falsa para incentivar el miedo. Entre los padres de Medio Superior pasaba algo parecido, sin embargo, muchos de los jóvenes cuestionaban a los padres: si no podemos salir a las aulas, al menos a la calle. Cada vez había una mayor presión sobre las instituciones educativas de parte del gobierno, y de algunos sectores de la población, pero especialmente de los jóvenes; aunque faltaba algo que es privativo en amplios sectores de nuestro país: la cultura de la confianza. En este contexto, la Universidad Veracruzana, a través de las autoridades, intentó promover la creación de aulas híbridas e iniciar las sesiones bajo esta nueva modalidad, que en el contexto actual le llamaría de transición.

En mi caso, un profesor de tiempo completo de la Facultad de Historia, con cinco experiencias educativas impartidas en cada semestre necesitaba, a como diera, lugar las clases presenciales,



y lo más cercano a ellas eran las que se podían impartir en esas mencionadas aulas. En lo personal, considero que para llevar a cabo una educación crítica es fundamental que lo pedagógico se convierta en algo político. Reconociendo, antes que nada, el contexto social, político, económico y cultural de cada momento y de los actores participantes. En el contexto de la pandemia no podemos seguir creyendo en la ciencia que sirvió a los intereses y legitimó a los consorcios de la medicina; cómo dejar nuestros sueños y esperanza de una buena vida en una ciencia que funcionó bajo los estándares empresariales. Necesitamos de una nueva forma de historiar y de transmitir la Historia, pero siempre a partir de una educación crítica, empezando por nuestras propias prácticas y hábitos como docentes, como académicos.

Para comenzar el semestre febrero-agosto 2021 se organizó una serie de reuniones para facilitar el regreso, además de reglamentar el uso de las aulas. En mi caso, las emociones eran encontradas; por un lado, ya quería regresar, pero conforme se realizaban las reuniones en línea con las autoridades, se incrementaba cierto conformismo de mi parte. Me di cuenta de que había una resistencia al regreso por diversos motivos, pero aun con ello, escogí volver de manera inmediata. Eso me llevó a cursar unas pocas sesiones de instrucción para utilizar los nuevos aparatos instalados en las dos aulas de la Facultad de Historia adaptadas.

Muy pocos iniciamos esa nueva aventura de volver a la “nueva normalidad”. Por momentos me quería echar para atrás, pero tenía que ser congruente, y más si consideraba que para lograr los cambios en la base y en la estructura de la sociedad, una de las formas de incentivar el espíritu crítico era haciendo más partícipes a los jóvenes en su cambio. Para revalorizar la pedagogía crítica no solo es importante capacitar a los estudiantes para trabajar, sino educarlos para cuestionar de manera crítica a las instituciones, las prácticas y valores que envuelven a sus vidas, como propone Henry Giroux (2003).

Ahora más que nunca, en una sociedad controlada cada vez más por los consorcios empresariales y mediáticos, aun en situación de

desventaja, tenemos que promover el pensamiento crítico entre los estudiantes; no basta con exigir mejores estudiantes que vienen de la Educación Media Superior, o que la educación está fragmentada y separada entre los distintos niveles como algunos mencionan. La pandemia del Covid-19 nos tomó por sorpresa a todas y todos, así como a las instituciones, e incluso corporaciones empresariales, al grado de que en este sistema capitalista dominante en su vertiente neoliberal, las grandes y medianas empresas en todo el mundo, que tanto luchan por empequeñecer y desaparecer al Estado, ahora le exigían subsidios, más ventajas fiscales para poder “sobrevivir”.

En particular considero que las acciones educativas son acciones de socialización. No solo son actos de aprendizaje para saber trabajar, sino para reconocernos como lo que somos: seres humanos con emociones, sentimientos, habilidades y actitudes que nos permitan seguir siendo nosotros y nosotras. La educación en línea es una mera estrategia que nos puede permitir resolver problemas frente a situaciones como la pandemia que nos tocó vivir, pero no puede ser la esencia de la educación. La educación híbrida, tal y como se vislumbró por nuestras autoridades, no ha resultado del todo bien. En el semestre febrero-agosto 2021, se contó con la tecnología necesaria, pero como docentes apenas pudimos utilizarla. Una capacitación pobre, en un laboratorio de medios, con personas capacitadas en la utilización de la tecnología, pero alejada de la realidad.

Cuando regresamos a nuestras aulas, en las primeras semanas apenas pudimos utilizarlas. Sin embargo, con algunos estudiantes pudimos poco a poco desentrañar su utilización y realizamos manuales; sin embargo, poco se podía lograr, las fallas continuas en la red, la descoordinación o desprogramación de los aparatos -así como el mal uso que hacíamos de ellos por la poca capacitación que teníamos-, nos llevó a decidir por la educación presencial, aun cuando esta requiriera de esfuerzos mayores.

¿Qué hicimos?, convencer a los estudiantes a que asistieran a clases presenciales. ¿Cómo logramos que en las cuatro primeras primera semanas pasaran de un 35% de estudiantes que asistían

presencialmente a un 93%, y en algunos grupos a un 100%?, fue a base de convencerlos de las bondades de la socialización cara a cara; aquellos que estaban en línea y que observaban lo que hacíamos en el aula empezaron a darse cuenta de que sus compañeros en el salón se notaban más contentos, relajados y, sobre todo, conviviendo e intercambiando ideas. Se fomentó y se fortaleció el diálogo, los temas se debatían y se discutían, se partía de los problemas actuales aun cuando fueran experiencias educativas como “Siglo XVI y XVII en Nueva España”, “Formación del Estado Nacional en México”, “México contemporáneo”, “Línea de investigación II” o “Historia social del cine”, esta última que impartí en la Facultad de Artes.

### **De las buenas intenciones a la frustración. La esperanza de que las películas impacten en las conciencias de los jóvenes**

En el contexto de la pandemia me quedó claro que a los estudiantes había que alfabetizarlos visualmente, y esta fue una experiencia que se siguió utilizando desde las aulas de la Licenciatura en Historia de la Universidad Veracruzana, donde participo desde hace varios años como titular de la Experiencia Educativa “México contemporáneo”, donde actúo como un facilitador de experiencias destinadas a formar la conciencia histórica de los estudiantes. Desde hace unos años utilizo las herramientas audiovisuales en las cinco experiencias educativas que impartí por semestre; sin embargo, me enfoqué en el México contemporáneo con la finalidad de centrarme en dar a conocer cómo el cine, en particular, entre otros medios de comunicación, ayudó a reproducir, al igual que las políticas educativas creadas a partir de 1921, una estructura de pensamiento que se orientó a crear una estructura social basada en invisibilizar y naturalizar el racismo, lo que permite hasta nuestros días un sistema de dominación y control sobre la mayoría de la población.

Según Grosfoguel (2012), a través del racismo se introducen las desigualdades en amplios sectores de la población, en espacios de lucha y conflictos, donde conviven y se enfrentan grupos sociales con cuotas desiguales de poder, en los que unos acceden

inmediatamente al reconocimiento social, económico y cultural, y a otros se les niega por las características físicas y somáticas con que se les identifica.

Mediante el cine, en especial en el de los años treinta hasta los cincuenta del siglo XX, se reforzó una idea y una construcción visual que reprodujo una forma colonial de ver nuestro entorno, nuestra "realidad", así como una perspectiva simbólica que funcionó para racializar e inferiorizar a los grupos originarios que se identificaban como tales, y a otros que se convirtieron a mestizos occidentalizándose y reproduciendo prácticas sociales que les permitieran ser reconocidos como mestizos o blancos. Este fenómeno social poco estudiado e investigado para el caso de México, no es tocado en las aulas escolares de formación Básica, Media Superior y Superior, por lo que en el curso se buscó mostrar el papel del cine y tratar de que los estudiantes se reconocieran como individuos que piensan y reflexionan los procesos de colonización visual a los que somos expuestos (Barriendos, 2011).

Así como utilicé películas que representaban problemáticas de índole político, cultural, cotidiano y educativo como: *El rebozo de Soledad*, *El impostor*, *La fuerza inútil*, *Canoa*, *Fe*, *esperanza y caridad*, *El Bulto*, entre otras, para el caso de la situación que estábamos viviendo mundialmente; como parte del programa de la Experiencia Educativa "México contemporáneo", me centré en tratar de entender el problema de la enfermedad en la Historia, por lo que utilicé dos películas que consideré adecuadas para el momento: *Río escondido* (1948) de Emilio Fernández y *Marejada* de Carlos Toussaint, realizada en 1952.

En *Río escondido*, el tema central es la historia de amor entre el médico Felipe Fernández que viene de la capital a realizar su servicio social a un poblado remoto. En la película dirigida por Fernández, entre otros elementos que se analizaron, está la figura del presidente municipal del pueblo, quien es presentado como modelo de lo que el presidente de la República nombra en el planteamiento como "políticos inmorales", como "manzanas podridas que no tienen lugar en la sociedad posrevolucionaria"

ideal, “el tirano irracionalmente maléfico que debe ser vencido por las fuerzas del bien”, por la razón moderna, que es representada por la maestra. Frente a su tiranía, la maestra Rosaura (María Félix), el médico Felipe Fernández (Fernando Fernández) y el señor cura (Domingo Soler), todos ellos mestizos de tipo europeo, ejercen su capacidad de agencia para unir esfuerzos y construir el bien común.

Mientras tanto, los indígenas son representados como seres sin capacidad de agencia para actuar en el mundo y transformarlo, simples receptores pasivos de las acciones emprendidas por los mestizos para protegerlos. Por ejemplo, ante la epidemia de viruela que azota a la población, los indígenas aparecen representados como parte de una masa anónima que los hombres del presidente municipal tratan de llevar a vacunar con violencia, y, ante su resistencia, el cura se vuelve una suerte de flautista de Hamelin porque al tocar la campana de la iglesia logra que los indios dejen de huir y se formen con docilidad para ser vacunados: “ahí los tiene a todos corriendo a formarse como borreguitos” (Fernández, 1948), al escuchar el cencerro, dice uno de los matones del presidente municipal.

En la escena descrita se buscó representar cómo los indígenas, que irracionalmente huyen y acuden a ser vacunados, son guiados por el instinto y se comportan y son tratados como animales. Luego de vacunar a los pobladores de *Río escondido* llega el primer día de clases en la escuela del pueblo. Frente a un salón lleno de niños y un retrato de Benito Juárez a sus espaldas, la maestra se presenta y les habla de su misión: sacarlos de “la ignorancia que pesa sobre ustedes y les pone en los ojos y en el corazón una venda impenetrable”.

En la película de *Marejada*, en la primera escena, con la lectura del juramento de Hipócrates, se hace énfasis en el papel de los médicos como misioneros de la salud. Después de que el médico llega al pueblo, al principio es menospreciado por los lugareños, hasta que poco a poco llega a tener la confianza de todos, a través de un niño y después de haber curado a una niña de meningitis. Es evidente que las formas tradicionales de curar promovidas por la “yerbera”

del pueblo son marginadas; la relación entre lo nuevo y lo externo con lo viejo y lo local, se ve interrumpida constantemente por una serie de eventos, que conducen a esa idea que se gestó desde lo político: la unidad local como reflejo de la unidad nacional.

## **Conclusiones**

Como consecuencia de la pandemia, para resolver el problema de las clases, se pensó que la educación virtual, sincrónica o asincrónica, resolvería los inconvenientes como si, de repente, fuera la única salida ante esta crisis; por eso, creo que este tipo de eventos nos pueden ayudar a reflexionar para conocer los alcances de la educación virtual, pero también de las limitaciones que puede tener. Necesitamos tener claro que la crisis del Covid-19 generó en nuestro país respuestas distintas a la forma en que lo asumieron en otros países, entendiendo que los problemas educativos de cada lugar son expresiones de su realidad, de su cultura política, de sus formas de comunicación y socialización de la cultura y tradiciones, y, por último, de la naturaleza de sus desigualdades; por lo que no podemos inclinarnos y aceptar todo, aunque una de las ventajas de la educación en línea sea el favorecer la comunicación interpersonal y más directa entre el profesor y el estudiante.

La educación en línea, en su justa dimensión, y la llamada educación híbrida, deben asumirse como estrategias complementarias de la educación; si asumimos que la educación es un acto formativo en los niveles de creación del pensamiento crítico, formador de la ciudadanía y de expresiones propias de una cultura, entendiendo también que el aula es un espacio de socialización en donde se reproducen las prácticas de integración entre las personas. Así como sucede en espacios represivos, en la educación en línea, aun cuando esta se utilice de manera más abierta y libre, el diálogo tiende a ser menos exitoso en grupo. El lenguaje corporal es imposible de ser observado a través de una cámara, y es fácil romper la comunicación ignorando un mensaje o apagando la cámara.

La educación en línea no sustituye el acto de socialización y el proceso social de la escuela, entendiendo que esta no debe reducirse al espacio físico sino como un espacio de confluencia que se extiende a las calles, las bibliotecas, los pasillos, las cafeterías, los campos deportivos, las calles, los parques e incluso los antros; es decir, a cualquier espacio donde se gesticule la comunicación física entre las personas. En el caso particular de nuestro país, las condiciones económicas, sociales y políticas se convierten en un impedimento o reducen la efectividad y la cobertura de la educación en línea. La pandemia nos obligó a voltear y, en muchos casos, ver la realidad de nuestros estudiantes.

En el caso de la Facultad de Historia, según los estudios socioeconómicos que se realizan en el examen de ingreso, los estudiantes presentan más problemas económicos en contraste con estudiantes de otras facultades que pertenecen a la unidad de humanidades. Esto nos permitió conocer las problemáticas que atravesaban las familias de nuestros estudiantes, lo cual nos llevó a entender las causas de su rezago y de la exclusión a la que se enfrentaron amplios sectores de la población en México.

La educación híbrida debe entenderse también como un elemento complementario y, como sucede con la educación en línea, como herramienta que nos ayuda a mejorar el proceso social de la educación, pero no como un sustituto. La educación virtual llegó para quedarse, pero en su justa posición; tampoco debemos desdeñarla, sino aprovechar sus posibilidades para potenciar el aspecto social del conocimiento.

Para finalizar, como vehículo de la pedagogía del poder (Möller, 2002), en *Río escondido* y *Marejada*, se reproduce la ideología mestizante en la representación que se hace de la escuela rural y la práctica de la medicina, y en sus actores protagónicos: los campesinos, los pescadores, los educandos indígenas ignorantes, la docente y los médicos mestizo y blanco; los iluminados que tienen como misión salvarlos “de las tinieblas del analfabetismo y de la charlatanería de las viejas prácticas indígenas para la curación”, y así sacar a México del “letargo de siglos” del que son responsables.

Desde la perspectiva de la Historia de la educación en México, el abordaje de las películas como evidencia etnográfica e histórica facilita estudiar la política educativa y de salud que implementó el Estado revolucionario. Hace evidente la concepción colonial de lo indígena y de lo agrario como objeto de intervención estatal, para favorecer un progreso de enfoque positivista desde las escuelas normales y de medicina.